

EDUARDO BENES

Por Fernando G. Campoamor
(En el Rep. Amer.)

Bojeando las costas de Europa, en su periplo pudiéramos circunnavegar una herradura. Con la quilla aserraríamos el hielo macizo de Barents, —vecino polar que no conoce el verde—, o los *icebergs* que vigilan la bahía de Oslo, colando el sol por el prisma de los témpanos. Nuestro viaje pudiera burlar las rutas comunes y bajarnos a contra-corriente, espumando las aguas soberbias del canal de la Mancha y el Cantábrico que muerde los acantilados del norte español. Torcido el rumbo, cumpliríamos itinerario en los fondos del mar latino.

Golfos abiertos y puertos vigilantes, vida de naturaleza y vida humana nos inundaría las pupilas: Europa desde alfa a omega, confusa y tumultuosa. Y, cuando todo lo creamos visto y cumplido, lo más europeo se nos habrá escapado al cuaderno de bitácora. Anotado en nuestro diario de navegación estará el relieve físico y, acaso, el creyón sutil del ciudadano y su circunstancia espiritual. Pero lo que el ojo no alcanzó porque vive bajo piel, lo más tierno y más fuerte de Europa nos quedaría embolsado en su cuero litoral, en su abrigo de montañas. Como corazón en cuerpo, Checoslovaquia late adentro, con sus minerales y sus razas. Checoslovaquia es íntima y menuda, sensitiva como la vena de sus minas. Entre los Montes Metálicos y la Selva Bohemia, entre los pequeños Cárpatos y la meseta morava, entre los picos de Tatra y la sierra que saluda los vientos del este, en un riñón continental donde filtran las aguas de todas las vertientes, Checoslovaquia lucha, agoniza, permanece. Ella es la decantación de todos y el mirador sobre todos. Vieja como el siglo séptimo y nueva como una novela de Frank Kafka.

Dos líneas trazadas en cruz se cortarían sobre este país que estrenaron los bohemios. Su historia comienza entonces y no ha podido ser decapitada por la Casa de Hapsburgo ni por el *Führer* nazi. La propia ubicación lo ha endurecido y avisado. Los choques de todas las ambiciones repercuten en Checoslovaquia: su línea de fronteras puede atestiguar la hoja clínica de la fiebre imperialista.

Hijo de su sangre más pura, de su raíz más tersa, es Eduardo, décimo vástago de una familia campesina. En una aldea de gentes que se nutren y techan con lo que trabajan, nació este varón fuerte. Mucho tiempo no siguió anónimo el puebluco de Kozlany. Niño pobre, puso sus manos en la temperatura del surco y su esperanza en el tramonto de la lejanía. El trabajo le formó saludable de carne y temperamento, un poco audaz, un más enérgico. Autodidacta, la vida fué cartilla y la voluntad maestro.

Se le hizo pequeño el perímetro natal y, con el germen de una nebulosa que rondaba su cabeza despierta, dejó atrás el camino donde volteara los aros ingenuos de la infancia. París era imán del principio de siglo: un año se le fué silabeando y acentuando el francés; saltó a Londres y echó el idioma en la malleta del viajero; saltó a Berlín y en otro año poseyó el habla de Goethe. Otra vez París y el inevitable periodismo de los soñadores ambulantes. Empezó a ser Benes.

Estudió Derecho, Ciencias Sociales y Sociología, doctorándose con una tesis sobre "El problema austriaco y la cuestión checoslovaca", ya norte firme de su brújula. Trabajaba 18 horas diarias, traduciendo, devorando textos, viciado en darse tomo. De Francia no le quedó por saber. Y desde allí, —resonancia mundial—, le llegó la ola sanguínea de la re-



Eduardo Benes

volución rusa de 905. Tampoco le quedó algo por saber del pueblo hondo de Tolstoy.

Pero la tierra le llamaba. A un campesino de país sin mar, la tierra le pauta el destino como un péndulo inexorable. Volvió a Praga, se doctoró y profesó en la Universidad que fundara Carlos IV. Situado de una vez en el vórtice de su pasión intelectual y política, año sobre año ha acuñado nuevos libros hechos con letra plástica, abierta con espátula, sin fugas retóricas.

La guerra le hizo precipitarse en misión pública. Ya habían recogido muchas cosechas después que dejó el calor íntimo en aquella su casa donde olía a hierro útil, a tierra útil. Alguna noche, conspirando en el movimiento de la *Maffia*, pasaría por un recodo de Kozlany, húmedo el pecho de recuerdos. Falsificaba pasaportes, burlaba fronteras, se llamaba Belsky, Konog, Sicha, Leblanc, como hiciera falta. Había que responder a la demanda del pueblo, su origen y orgullo, sabiendo que la vida vale por el coraje.

Le sorprende en Suiza la primavera de 1915. Allí está Masaryk, su oráculo, su líder, su conjurado, su afecto. Cuando le despide y marcha en los vagones, aquel Eduard Benes tocado de sensibilidad, posa los ojos agudos en el pezón del *Zauberberg*, la altura solemne de la Montaña Mágica que provocó la más poética prosa de Thomas Mann.

La persecución podaba actividad. Decide salir, y lleva con él los dineros propios y los de su mujer, poniéndolos al uso del movimiento. Para su persona requería poco: era humilde como rancio aldeano.

París le vió de nuevo en sus zonas activas, con notas de prensa en los bolsillos o colocándose en los ministerios. Por intermedio del sabio y aguerrido Stéfank conoció a Briand, a Tardieu y a Clemenceau. A todos ellos informó y razonó aquel cerebro ajustado. Se hizo columnista de *La Nation Tcheque* que publicaba el historiógrafo Denis.

Masaryk también llegó a la colmena de la *Ville Lumiere*. Algún cronista les vió en reposo, sentados a buena sombra en los Campos Elíseos, mientras Checoslovaquia era índice y juramento. De allí salió *El Consejo Nacional*.

Avanzó la guerra sin llevárselos en su cresta. Mucha era la cuota de miseria y estoicismo, pero mucho el prestigio y el ejemplo. Checoslovaquia había dejado de ser entelequia, blan-

co indefenso del imperio austro-húngaro. Ya tenía figura y razón, por el pulso estadista de Masaryk y la constancia acerada de Benes. Cuando se izaron banderas blancas en las trincheras, junto a las banderas aliadas se alzó otra de líneas precisas, de colores alegres.

Masaryk, en aquella fértil vida, "llena de paradojas", —hijo de cocheros que durmió en el castillo de los reyes de Bohemia—, desde el otro lado del Atlántico se permitió armar el esqueleto de un nuevo Estado. Lo otro tocaba hacerlo al pueblo, que es músculo y sangre. Gran realista y gran táctico, se fué de la mano de Wilson hasta que logró como legal la letra de aquel borrador que trazara, —mitad crédulo, mitad maniático—, en la margen del Sena.

La acción revolucionaria intestina es de tal medida que no soporta los diques de cancellerías. Aborta el 28 de octubre de 1918 la soberanía de Checoslovaquia. 150.000 voluntarios habían perforado el resto de los ejércitos austriacos. La Conferencia de la Paz se limitó a ratificar un hecho consumado. Masaryk, inteligente a plenitud, repitió su lema: "La verdad vence". Así había gritado Jorge de Podebrady mediando el siglo xv, y así fué la palabra de Hus, aquel monje ya hecho mito, que quemaron como hereje en Constanza: "Busca la verdad; escúchala; apréndela; díla; síguela; hasta la muerte, defiéndela".

Benes regresa a Checoslovaquia en el otoño del 919. La nariz se afiló en el destierro, pero también la capacidad. En la Liga de las Naciones y como Ministro de Relaciones Exteriores, probó calidad visionaria y oportunismo decoroso. Allí condenando lo torcido; acá ligando con vecinos sin odio. La Pequeña Entente y el Pacto con la U. R. S. S. de 1935, son par de signos válidos. Puesto en el timón de la política internacional de su patria, hizo herramienta de oficio la almendra culta de los libros. Invirtió la teoría en práctica, la fórmula en producto. Saltaba de una capital a otra, reforzando, cordializando. Caminó la Europa que conocía y la desconocida. Sus obras —escritas en hoteles, trenes, conferencias— son manuales de política militante.

El tiempo va venciendo lo que nadie domaría. Masaryk ha contado 85 años. Lejanas andan las mañanas olorosas de Hodonin, Viena, las revistas de juventud hechas con la economía del alimento diario. Le quedan los ojos de gris profundo que todo lo entendieron. Llama a Eduard Benes. Sobre un hombro —en gesto de jurar— le descansa la mano que ya tiembla enferma, mano de padre y camarada. Sonríe emocionado el viejo: Checoslovaquia es fuerte y tiene un relevo honorable. Transmite el mando al hombre en quien puede confiar. Una mayoría aplastante hace Presidente a Eduard Benes. Ahora... las cartas más difíciles.

La primera prueba se cumple: muere Masaryk, cuya sombra era un impulso y un bálsamo. Pero Checoslovaquia tenía 20 mil escuelas y sobrepasaba a la clásica Italia en el esfuerzo industrial. En Pribram está la fosa minera más profunda de Europa; la cerveza de Plzen, el jamón de Praga, el calzado de Bata, el cristal de Bohemia son garantías mundiales. Checoslovaquia había dado le hélice, el arado de reja, el arco voltaico. Es un país

(Pasa a la pág. 138)